

Álvaro Pombo (Santander, 1939), último premio Nadal, en una fotografía de 2007. Foto: Guillermo Pascual / Cover / Getty Images

A bordo de Pombo

El temblor del héroe

Álvaro Pombo
Premio Nadal. Destino. Barcelona, 2012
222 páginas. 19,50 euros (electrónico: 13,99)

Por Jordi Gracia

EN ÁLVARO POMBO el lector de literatura encontró una especie insólita hace ya muchos años. A menudo se le emparenta con Javier Marías con buenas razones —una poética reflexiva como motor novelesco—, pero quizá vale la pena anotar ahora justamente lo contrario: la densidad afectiva ausente o esquemática en las novelas de Marías es en Pombo una suerte de campo de exploración donde el novelista ha hecho calas sin equivalente en nuestra novela. La inteligencia filosófica —es decir, furiosa— aplicada a la comprensión del desvalimiento o la vulnerabilidad deja un rastro hondo en el lector que se ha dejado atar a *El metro de platino iridiado*, o ha vivido *Donde las mujeres*, o ha viajado hacia la falsa y espléndida novela histórica que fue *La cuadratura del círculo* o a la liberadora y fulminante *Contra natura*.

Pombo necesita grosor y campo abierto para embarcar al lector en las sinuosidades y esta novela de hoy tiene algo más de doscientas páginas que van a defraudar al lector de sus estupendas novelas. Sentirá la excitación y el estímulo del mundo de Pombo e irá advirtiendo mientras lee que falta el demarre y la textura, falta la emulsión sutil y matizada o la digresión oportuna (e inoportuna). Sentirá que está ante el esqueleto de una novela de Pombo y que la buena novela que lee sería mejor con un Pombo plenamente convencido con su historia o con el modo de desarrollar su historia.

Y sin embargo sigue siendo un Pombo de los pies a la cabeza, incluidos los guiños revoltosos —“dado que Elena no se entiende a sí misma y dado que el lector tampoco entiende esta novela,

haremos lo posible por esclarecer las dos partes”— y hasta la autocita de algunos de sus versos. No es impertinente, por supuesto, porque el relato participa plenamente de los afanes del escritor y quizá esta especie de liposucción de Pombo aplicada a sí mismo abra el camino para lectores intimidados ante otras novelas suyas, en esa reciente ruta hacia un público más numeroso que abrió el premio Planeta y ahora sigue el premio Nadal.

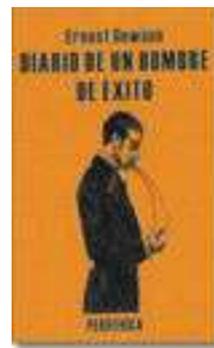
Esta vez Pombo ha armado como diálogos lo que otras veces funcionaba mejor como discurso reflexivo

La luminosidad intermitente, el hallazgo verbal, el acierto expresivo están diseminados por muchas páginas

El temblor del héroe, además, aporta un giro original y valiente a ese nudo en torno al que gravitan tantas de sus mejores páginas: la falta de sustancia, el análisis del deslizamiento flotante e indeterminado sobre la vida, la inutilidad de vivir sin sustancia de vida la vida misma. La conciencia del *furor heroico* y la amenaza de su agotamiento es buena parte del tejido que viste al profesor jubilado de filosofía, Román, y la desustanciación primitiva, origina-

ria, daña para siempre a otro profesor y pederasta más o menos arrepentido, Bernardo. Pero esa misma inquietud por comprender y ver el mundo y sus texturas es lo que explica la relación del profesor jubilado con sus dos discípulos de juventud y hoy traumatólogos (y con Elena activar un sí es no es erótico sentimental). El anzuelo que los reúne a todos sin embargo es la vulnerabilidad misma en forma de joven guapo y descuajado, hechura de Bernardo desde que abusó sexualmente de él a los 13 años. Sin embargo, es también aliento y estímulo vital para Román, súbitamente lúcido sobre el riesgo de la inactividad y su progresivo encapsulamiento de “celebridad menor”: “Se adentra uno en lo invisible. El desamor de los demás. El desamor creciente hacia uno mismo, el tedio”.

Esta vez Pombo ha armado como diálogos lo que otras veces funcionaba mejor como discurso reflexivo, directo o indirecto, pero la luminosidad intermitente, el hallazgo verbal, el acierto expresivo están diseminados por muchas páginas, incluidos los diálogos e incluidas las concesiones a la nostalgia equivocada, como si de veras “el empujeñecido ambiente intelectual de la Universidad española en la democracia” hubiese “incapacitado también a Román para sentirse a gusto consigo mismo, con su sabiduría humanística”. Y sin embargo ve también que su “trivial ensimismamiento” ha desequilibrado a los demás y ha aprendido que su silencio y su soledad —para escribir, por fin...— han llevado sin más al tedio y a sumirse en la “divagación de la mente, en la preocupación por las tonterías”. Contra esa toxina se levanta la novela sin sermón y con ademán de novela valiente contra la tentación de hacer “de la propia insustanciabilidad y de la mácula una red cambiante y deslizante y flexible que nos acoja mientras resbalamos, nos deslizamos, chismorreamos, caemos y nos levantamos en un inútil esfuerzo por ser nadie”. •



Diario de un hombre de éxito

Ernest Dowson
Traducción de Israel Centeno y Carlos Pardo
Periférica. Cáceres, 2012
48 páginas. 9,50 euros

NARRATIVA. UN HOMBRE regresa a Brujas, donde compartió el amor por una mujer con su mejor amigo, Lorimer. Allí se siente joven de nuevo, aunque ya es viudo y ha rebasado la cincuentena. Recorre los lugares que otro tiempo fueron tan importantes en su vida, anota con pesadumbre sus impresiones y visitas en un diario (“es un error llevar un diario”, escribe). Está de paso, pues su destino es Bruselas, y no consigue marcharse. Le tortura ignorar lo que les ocurrió a Lorimer y a Delphine. Pero saberlo no aliviará la carga del pasado. En esta breve pieza, honda en sugerencias, Ernest Dowson (Londres, 1867-1900) demostró su talento para convertir la literatura en un reflejo de la ausencia. El volumen se completa con el poema más famoso de los suyos, de largo título en latín y convertido en canción por Col Porter. También él evoca la ausencia, la de la amada Cynera, a la que declara haber sido fiel, “a mi manera”. Ambas piezas resaltan una sensibilidad legendaria que daría pábulo a una fama exagerada que alimentaron poetas como Pound y Yeats. Murió joven y maldito dejando versos estelares, como “días de vino y rosas” y “lo que el viento se llevó”. **José Luis de Juan**



El arte de desgranar alubias

Wiesław Myśliwski
Traducción de Francisco Javier Villaverde
451 Editores. Madrid, 2011
416 páginas. 21,50 euros

NARRATIVA. EL PROCEDIMIENTO en que se sustenta esta novela no podía ser más sencillo y arriesgado: la arbitrariedad de la memoria de un viejo guardián que cuenta a un desconocido todo lo que se le pasa por la cabeza. El visitante nunca responde y, en tanto que interlocutor, se confunde con el lector, que es puro oído y lengua muda. Pero el polaco Wiesław Myśliwski (Dwikozy, 1932) pervierte esa convención para regresar a la oralidad, o a la simulación, muy bien articulada, de la fluencia narrativa de la memoria, que enhebra tramas y sucesos sin regirse por la cronología, sino por el contagio de los hechos rememorados. Myśliwski es extraordinariamente perspicaz: cuenta toda la historia de Polonia en el siglo XX, sin someterse a la historia. Su narrador construye un universo de referencias en el que parece no faltar ningún tema fundamental: la infancia, el amor, la música, la guerra, la pobreza, la traición, los sueños, Dios, las palabras que se adaptan al deseo y las que buscan su significado, las respuestas nunca satisfechas, la presunción de que “solamente lo imaginario es real”... Con esta novela, Wiesław Myśliwski ya no es un desconocido en nuestro país, pero sería deseable que fuera también un autor renombrado. Su obra tiene una jerarquía de máxima exigencia. **Francisco Solano**